INTRODUCCIÓN

«La lógica debe hacerse cargo de sí misma»
Wittgenstein, *Notebooks 1914-1916*, 22.8.1914
[Cf. también *Tractatus* (1921, 1922), 5.473]

«¿Cómo conciliar con la tarea de la filosofía el
que la lógica deba hacerse cargo de sí misma?»
Wittgenstein, *Ibd.*, 3.9.1914

Según es bien sabido, la lógica conoció en el primer tercio del pasado siglo una profunda transformación tanto en su constitución interna, como en su cultivo y proyección dentro de la república del conocimiento. Quienes luego han escrito la historia intelectual de aquellos decisivos tiempos, convienen en considerar que la formación e implantación de la nueva lógica, –una lógica de diversos apellidos, “simbólica”, “matemática”, “exacta”, o incluso denominaciones, “álgebra de la lógica”, “logística”–, ha sido una de las revoluciones científicas más significativas del nuevo siglo. Este cambio, determinante de las señas de identidad de la lógica que hoy practicamos, no tuvo mayor repercusión en España hasta los años 1960 y, aún entonces, parecía un empeño con más pretensiones de renovación que conocimientos de orden técnico. Aquí se trataba de sustituir una lógica no solo rancia -escolástica-, sino filosófica, por una lógica no solo moderna y situada a la altura de los tiempos, sino científica o, más precisamente, matemática. Pero eran voces de filósofos las que pedían esta sustitución y fue en medios filosóficos, con la complicidad de otras recepciones coetáneas como la de la filosofía analítica, donde antes se hizo efectiva la recepción de la nueva lógica. Allí ocurrió antes que, por ejemplo, en medios matemáticos, a los que también cabía suponer interesados en las relaciones de esta lógica con otras áreas como la teoría de conjuntos o el álgebra abstracta, y en resultados tan notables como los obtenidos por Tarski o Gödel en los primeros años 30. Unos 20 años después de que prendiera y empezara a fructificar esa recepción que ponía fin a una larga secuencia discontinua de presentaciones y reintroducciones de la nueva lógica, culminaba su normalización institucional en la década de los 80 con el establecimiento del área administrativa y académica de *Lógica y Filosofía de la Ciencia* (1984), y con una nueva organización de los estudios universitarios de Filosofía (1987) que distribuía las

materias en *troncales* –impartidas en todas facultades de Filosofía del país–, *obligatorias* –impuestas por cada universidad– y *optativas*. La Lógica vino a ser troncal, parte integrante del núcleo común y identitario de la formación filosófica, bajo una curiosa descripción de contenidos: “Teoría de razonamiento y la argumentación correcta, rudimentos de metalógica, filosofía de la lógica”¹. Desde entonces hasta hoy, las cuestiones lógicas han venido ocupando, además de esta posición nuclear, varios y diversos lugares de cultivo con carácter obligatorio u opcional en los currículos de Filosofía. Según mis noticias, relativas a los estudios de Filosofía en 23 universidades², el ámbito de la Lógica contaba en los planes de estudios ofrecidos para el curso 2004-05 con 10 asignaturas obligatorias y 57 optativas, amén de las 23 correspondientes a su carácter troncal. A esta presencia en el grado cabe añadir las propuestas referidas a cuestiones lógicas dentro de la programación del 3er. ciclo, que cubrían no solo cursos y líneas de trabajo en 13 programas de doctorado, sino 2 programas específicos. Así que, en suma, pasaban del centenar las ocasiones de estudiar temas de Lógica que ofrecían oficialmente las facultades de Filosofía del país³. Por lo demás, a la luz de informes elaborados por el Consejo de Coordinación Universitaria y de otras estimaciones aproximativas, el área también contaba a principios de los 2000 con casi una cuarta parte del profesorado de Filosofía en la universidad pública.

Vista la situación en la perspectiva de los inicios de su recepción efectiva e implantación, por los años 60-70 del pasado siglo, estos datos parecen indicar un indudable éxito académico. ¿Cabe suponer, pues, que las expectativas alimentadas en un principio a propósito del papel capital de la lógica en nuestra cultura filosófica se han cumplido con creces? En la contraportada de un manual de la época muy influyente, *Lógica simbólica* (M. Garrido 1973, vol, I) se leía: «La *lógica simbólica* forma parte del bagaje cultural del hombre del siglo XX y es instrumento imprescindible para el

¹ La descripción resulta llamativa en casi todos sus extremos. Esa presunta *teoría del razonamiento y la argumentación correcta* aún no existe –al menos, que se sepa–; la expresión “rudimentos de metalógica” suena un poco chocante; y, en fin, la *filosofía de la lógica* no ha pasado de ser una materia optativa, cuando algo ha sido, en los planes de estudios efectivamente cursados. Convengamos en que el(la) o los(las) responsables de esta descripción no estaban, al redactarla, en su mejor momento.

² 18 de titularidad pública y las 5 restantes privadas, a saber: Universidad Pontificia de Comillas (Madrid), Pontificia de Salamanca, Deusto, Opus Dei de Navarra (Pamplona) y Ramón Llull (Barcelona). La fuente han sido los planes de estudios expuestos en los portales de todas estas universidades, públicas y privadas, en Internet.

³ Ni que decir tiene que estas cifras están sujetas a ciertas correcciones: quizás bajen ligeramente si se contrastan los programas oficiales con las condiciones reales de impartición de las ofertas optativas; pero subirían considerablemente si se tomaran en consideración los planes de estudios de otras facultades y, en particular, de escuelas de la Politécnica como las de Informática. Adelanto que aquí voy a tomar como centro casi exclusivo de atención el caso de la Lógica en Filosofía.

ejercicio serio de una tarea científica»; y el prólogo abundaba en la paráfrasis: «De hecho, la lógica simbólica (elemental) es ingrediente básico del bagaje cultural del hombre del siglo XX e instrumento imprescindible para el ejercicio de una tarea seria en ciencia o en filosofía» (*o.c.*, p. 7). El presunto “hecho” no dejaba de ser por entonces, en nuestro país, un animoso deseo. Pues bien, ¿la notoria presencia académica de la lógica hoy, en nuestros días, es señal de su cumplimiento?

La respuesta no es tan simple pues, según todos los visos, esa presencia de la lógica consiste en una rara presencia ausente, en un estar ahí ensimismado y sin que nadie apenas se entere. Quizás la respuesta no pueda ser simple porque tampoco lo es la pregunta misma, al involucrar diversos planos de incidencia de la lógica. ¿Cómo y en qué medida el éxito de la lógica, sus muchos y acreditados profesores y su buen número de materias, han contribuido al desarrollo de nuestra ciencia? ¿Cómo y en qué medida han contribuido al desarrollo de nuestra filosofía? ¿Cuál ha sido, a fin de cuentas, su incidencia sobre nuestro discurso y conocimiento públicos, en la cultura del país? Pero también ocurrir que esta imagen del glamour académico del área de Lógica y Filosofía de la Ciencia sea parcial y sesgada, nos haga perder de vista algunos reveses de fortuna de la propia lógica, coetáneos de sus movimientos de implantación y despliegue, o la existencia de un mar de fondo por debajo de la espuma de las olas. Así pues, antes de hacernos preguntas y pedir respuestas, deberíamos mover el foco de visión, ampliar el alcance y quizás la profundidad de la mirada.

Si, por ejemplo, pasamos de la situación de la lógica en la universidad a su situación en el contexto de “Filosofía” de Bachillerato, la imagen del éxito y de la obligada presencia, siquiera sea de oficio, mengua e incluso, en ocasiones, desaparece⁴. Otro aspecto a tener en cuenta podrían ser los vaivenes de la asociación de la lógica con la filosofía analítica, así como la introducción de nuevos giros o cambios de marcha en filosofía –el giro hermenéutico, los devaneos postmodernos o postcualquiercosa– que han venido a penalizarlas como reliquias de pruritos críticos y rigores racionalistas. Un problema más serio es, a mi juicio, el planteado por la extendida y sensible pérdida de interés, en medios filosóficos, no solo por la lógica, sino por el área en su conjunto.

⁴ Más adelante habrá ocasión de detenerse en esta vertiente de la suerte escolar de la Lógica. Pero, de momento, valga como señal de sus reveses una muestra singular y tan simple como la siguiente. En un antiguo manual para el Bachillerato: Gustavo Bueno y Leoncio Martínez, *Nociones de Filosofía* (Salamanca, Anaya, 1955), correspondían a la lógica 11 lecciones (un 39.2 % del programa) y 114 pp. (un 42.2 % del texto). Pues bien, ahora será el mismo Gustavo Bueno quien proponga, en un panfleto *on line* de su cuerda, *El Catoblepas* (nº 23, enero 2004), un plan redentor de la filosofía de Bachillerato, *Symploké*, en el que la lógica desaparece suplantada por una mixtura de “lógica material” y gnoseología, centrada en la idea de verdad.

Baste una vez más una simple muestra de la desproporción que media entre el éxito oficial del área y el interés que sienten los estudiantes de Filosofía hacia ella. Se trata, en este caso, de comparar la distribución de materias del antiguo plan de Filosofía de la UNED con los resultados de una serie de encuestas pasadas a los alumnos presentados a la primera Prueba (cuatrimestral) de Lógica II, materia común de 2º curso de la licenciatura, desde el curso 1997-98 hasta el 2002-2003 ⁵. Las materias, unas comunes y otras optativas, divididas a su vez en tres grupos de opciones, están distribuidas así:

- *comunes*: 26, de las que 8 [30.7 %] pertenecen al área de Lógica y F^a de la Ciencia;
- *optativas*: 21, de las que 7 [33 %] corresponden al área de Lógica y F^a de la Ciencia.

En suma, del total de 47 materias, el área cuenta con 15 [31.9 %]. Nos volvemos a encontrar con la notoria presencia del área, según cabía esperar de un plan de 1980.

En cambio, los intereses confesos de los encuestados tienden a discurrir por otro camino. Dentro de unas cifras sin grandes variaciones, los que se orientan hacia el campo cubierto por las materias del área, vienen a representar un 15.5 % del conjunto de los que se pronuncian al respecto ⁶. De modo que es llamativa la distancia entre el esfuerzo o la oferta institucional del área –digamos, casi un tercio del curriculum– y el grado de interés despertado –que se quedaría en la mitad–. Y si se tiene en cuenta la reducción relativa del peso del área en el nuevo plan de Filosofía acordado por la facultad, cabe temer un desinterés análogo, si no mayor, por parte de los otros colegas.

⁵ La elección de la UNED tiene en cuenta el hecho de que el número de alumnos matriculados en Filosofía es superior al total de los matriculados en esa licenciatura en España. El plan antiguo, un plan en extinción, sumaba 1008 estudiantes matriculados para el curso 2004-05; el plan nuevo, puesto en marcha desde octubre de 2003, tenía a su vez 1489 matriculados para dicho curso; en total, 2497 estudiantes. Por lo demás, yo mismo he pasado las encuestas que preguntaban a los alumnos presentados a examen por su formación, intereses y orientación en el campo general de los estudios de Filosofía.

⁶ De la distribución y evolución de estos intereses puede dar una idea el siguiente cuadro:

Curso	Lógica y F ^a C ^a	Filosofía	Ética y F ^a Política	Otras	//	Responden	Matriculados
97-98	10	37	27	10		84	186
98-99	8	33	19	20		80	197
99-00	14	34	19	14		81	207
00-01	14	28	32	12		86	210
01-02	15	35	24	19		93	178
02-03	19	35	23	12		89	185
Totales:	80 [15.5 %]	202	144	87		513	

Ciertas peculiaridades de la UNED ayudan a entender anomalías como la diferencia entre el número de los matriculados en “Lógica II” y el de los presentados a examen que responden la encuesta adjunta al cuestionario. Por otro lado, el interés hacia el área de Lógica y F^a de la Ciencia se ve sostenido en los últimos años por el creciente número de graduados en escuelas de la Politécnica (Telecomunicaciones, Informática...) que cursan Filosofía en la UNED como segunda carrera. En fin, bajo la rúbrica Otras se recogen preferencias hacia otras áreas como Antropología, Estética, F^a de la cultura, F^a de la religión, etc.

En esta dirección también se mueven las impresiones que los propios lógicos suelen tener y confesar acerca de su situación un tanto anómala en los Departamentos y las Facultades de Filosofía. Podrían resumirse, como primera aproximación, en las siguientes:

(a) La experiencia de llevar una doble vida académica: de una parte, la inercias escolares de la iniciación en los lenguajes y métodos de la lógica estándar; de otra parte, el autismo profesional al que parecen conducir las presiones de promoción y reconocimiento dentro de la propia comunidad científica, del “Collegium logicum” internacional. Síntoma superficial pero ilustrativo de esta doble vida es el bilingüismo: los lógicos, actuando como profesores, emplean más bien el lenguaje de su comunidad o del estado; en cambio, como profesionales, se desempeñan en un inglés académico (o un network English) para ser escuchados o leídos en su círculos de especialistas -hasta el punto de que, para el cultivo de la lógica, solo este idioma se diría necesario mientras que los demás resultarían contingentes⁷-.

(b) La percepción de una escasa o nula repercusión del aparato lógico formalizado en el entorno académico general de la Filosofía española o del pensamiento escrito en español. Como ya he sugerido, esta tendencia progresivamente aislacionista contrasta con la complicidad y la asistencia mutua del análisis lógico y la discusión filosófica existentes en los lejanos años 70-80, al menos en medios familiarizados con la filosofía analítica. También es notable la recesión editorial de las publicaciones lógicas que, por lo demás y lejos de permitirse inesperadas alegrías, tienden a limitarse a la elaboración de manuales y la reedición de textos clásicos.

(c) La sensación de sostener el peso inerte de un cuerpo extraño dentro de marco de los estudios de Filosofía. No es gratuita si se repara, de una parte, en el relativo autismo profesional de los lógicos especializados y de la otra parte, como reacciones complementarias, en el desapego de los estudiantes y el desinterés de los demás colegas.

En la onda de estas impresiones aún resulta más llamativa la desproporción que supone una presencia administrativa y académica tan notable como la de la Lógica.

No sé si será esta una imagen de la situación que los afectados podrían aceptar como un vivo retrato. Donde sí podremos todos convenir es en el punto de su carácter aparente y parcial: estas impresiones no son una radiografía, ni componen por sí solas una panorámica. En realidad, los actuales lógicos o profesores de lógica deberíamos

⁷ Situación irónica en la que también se encuentran los cultivadores no anglófonos de otras muchas especialidades científicas.

responder a otros signos mucho más amplios y, si se quiere, más significativos de la inoperancia cultural de nuestro objeto de cultivo por más que tenga la importancia de llamarse “Lógica”, nombre, como sabe, del más rancio y glorioso abolengo en la tradición del pensamiento occidental -emparentado con el griego *lógos (logike)*, “razón”, “proporción”, “discurso”, antes de convertirse él mismo en patronímico del discurso racional: lo lógico es lo racional, lo ilógico es lo irracional-.

Como indicadores de lo que quiero apuntar, la falta de incidencia de nuestra acreditada y asentada lógica actual sobre la cultura del país, me serviré de los usos de “Lógica” recogidos en tres diccionarios que vienen oficiando de obras de referencia en nuestra lengua española. Se supone -supongo- que sus acepciones responden a la idea más extendida o normal del término entre los hispanohablantes. Nos encontramos con las siguientes acepciones principales de “Lógica” en cada caso:

[1] “Tratado de las operaciones del pensamiento”, *Diccionario de uso del español* (M^a Moliner. Madrid, Gredos, 1998 2^a edic.).

[2] “Parte de la filosofía que estudia el pensamiento o razonamiento y las leyes que lo rigen”, *Diccionario del español actual* (M. Seco, O. Andrés y G. Ramos. Madrid, Aguilar, 1999).

[3] “Ciencia que expone las leyes, modos y formas del conocimiento científico”, *Diccionario de la Real Academia Española* (Madrid, Espasa, 2001 22^a edic.).

Ninguna de ellas responde a la recepción de la lógica moderna, simbólica o matemática, en España, ni a su implantación en las últimas décadas del s. XX. Se hacen eco de voces lógico-filosóficas pretéritas y lejanas –la primera más, las otras dos menos–, cuyo rastreo podría ser un ejercicio apasionante. Aquí solo puedo avanzar unas indicaciones.

La noción que recoge [1] viene a ser un precipitado sumario de ideas pertenecientes a tradiciones lógico-filosóficas constitutivas de la lógica tradicional que prevalece durante los ss. XVII-XIX. La más notoria es la conocida como “lógica de las facultades”, cuyas fuentes principales son: 1) de una parte, Locke, muy influyente en la segunda mitad del s. XVIII a través de Genovesi, desde Nápoles, y de Verney (el “R.P. Barbadiño”) desde Portugal, hasta desembocar en manuales de notable fortuna en España como el de Baldinoti, adoptado por los Reales Estudios de Madrid ⁸; 2) de otra parte, la *Logique ou l’Art de penser* de Port Royal (1662), el manual por excelencia de

⁸ La influencia de Locke también se acusa directamente, por ejemplo en la *Razonatoria* de Gregorio Mayans, comenzada hacia 1939-40 y a la postre inacabada -ahora ha sido editada por A. Mestre en el marco del programa de publicaciones de las obras de Mayans del Ayuntamiento de Oliva, Serie Menor - VIII, Valencia, 1999-.

la lógica tradicional que, tras conocer varias ediciones en su mismo siglo, es editado en español en 1784 y alcanza aún mayor influencia a través del breviario de M. Borrelli, *Elementos del arte de pensar o la Lógica*, traducida en 1797 y objeto de una edición revisada en 1844. El planteamiento lógico-gnoseológico de Locke es reelaborado por Condillac, de cuya afamada *la Logique ou les premiers développements de l'art de penser* (1780) aparecen pronto en español versiones (1784, 1794) y reediciones. Por último, al influjo de Condillac sobre la pretendida renovación de los estudios lógico-filosóficos se suma el nuevo impulso de Desttut de Tracy, en particular de los *Elementos de verdadera Lógica*, un compendio de sus *Elementos de Ideología* extractado por Juan Justo García en 1821, catedrático jubilado de matemáticas de Salamanca. La acepción [1] recuerda un núcleo característico de esta orientación lógica tradicional, el estudio de las operaciones del pensamiento o de las facultades intelectuales, aunque olvida u omite su propósito: facilitar el recto uso de la razón y la consecución de la verdad. Esta tradición se dejó sentir especialmente en la primera mitad del s. XIX, en la confección de manuales de los estudios que podríamos considerar el *trivium* de la época: los *Elementos de ideología, gramática y lógica*⁹, e inspiró incluso la implantación de la asignatura de “Psicología, Ideología y Lógica” en 1843 entre los estudios preliminares de la recién creada *Facultad completa de Filosofía*¹⁰.

La acepción [2] suena más cercana y procede de otras fuentes lógico-filosóficas, en este caso germánicas. Se hace presente en los años 1920 a través de traducciones de

⁹ Una elocuente reflejo de la situación coetánea puede verse en la sumaria “Historia de la Lógica” que Melchor Ignacio Díaz incluye precisamente en sus *Elementos de Ideología y Gramática General, Arte de pensar, é Historia de la Lógica*, Granada, Sanz, 1841; §§ 614-627, pp. 280-91. Otras referencias dignas de mención pueden ser: A. Arnauld y P. Nicole (1662), *Arte de pensar, ó Lógica admirable, en la que demás de las reglas comunes se dan otras especialísimas para dirigir el Entendimiento en sus Operaciones ...* Trad. de M. Joseph Fernández. Madrid, A. Muñoz del Valle, 1759. M. Borrelli (1777), *Elementos del arte de pensar o Lógica*. Traducción de J.M. Magallón, Madrid, Aznar, 1797; revisada y aumentada por L. de Mata y Araujo. Madrid, Viuda e Hijos de Antonio Calleja, 1844. L'Abbé de Condillac (1780), *La Lógica ó los primeros principios del arte de pensar*. Trad. de Bernardo M^a de la Calzada. Barcelona, Tomás Gorch, 1817. *Lógica de Condillac, puesta en diálogo por D. Valentín de Foronda...* Versión de V. de Foronda. Madrid, González, 1794. C. Baldinoti (1770) *El arte de dirigir el entendimiento en la investigación de la verdad o Lógica*. Trad. de S. Díez González y M. de Valbuena. Madrid, Benito Cano, 1798. Juan Justo García, *Elementos de verdadera Lógica. Compendio, ó sea extracto de los Elementos de Ideología del senador Desttut-Tracy*. Madrid, Mateo Repullés, 1821.

¹⁰ Según el Reglamento Ministerial de 9/VI/1843 que establece dicha asignatura: «Como fundamento de la lógica ... deberá hacerse el estudio psicológico del hombre, procurando dar a conocer su naturaleza, facultades y operaciones ... Apreciando después la primera de las operaciones del entendimiento, se pondrá atención en la formación y clasificación de las ideas, en los medios de determinarlas y hacerlas exactas, como base de la lógica, en la que se descenderá ya a las demás consideraciones intelectuales que constituyen nuestra inteligencia». Esta implantación de la lógica de las facultades y operaciones mentales adopta el modelo del *Manual clásico de filosofía* del ideólogo ecléctico y espiritualista S. Beauvais, cuya traducción a cargo de J. López Uribe (Madrid, Verges, 1938) ya había sido aprobada como libro de texto por la Dirección General de Estudios el 23/V/1842.

K.J. Grau (1918), *Lógica*, trad. de D. Domingo Miral. Barcelona, Labor, 1928; A. Pfänder (1921), *Lógica*, trad. de J. Pérez Bances. Madrid, Revista de Occidente, 1928; O. Willmann (1926⁴), *Iniciación a la lógica*, trad. de J. Carreras Artau. Barcelona, Imp. Elzeveriana y Lib. Camí, 1928. La influencia de Pfänder, en particular, y de un cierto objetivismo fenomenológico introducido por diversas vías –e.g. de la mano de algunos neoescolásticos formados en Lovaina–, se deja sentir en algunos manuales de enseñanza media de los años 30, e.g. en A. Díez Blanco, *Lógica*. Ávila, Senén Martín, 1934. Pero su versión escolar más difundida y lograda no será española sino hispánica: se trata de F. Romero y E. Pucciarelli, *Lógica*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1938, que en 1950 ya alcanza su 12ª edición. Romero y Pucciarelli definen la lógica como ciencia de los pensamientos (c. I, §§1, 5 15-6), en una línea idealista que sostiene la autonomía teórica de los objetos lógicos, y tratan los principios lógicos como “leyes de los pensamientos” (c. II). Luego también adoptan el marco de presentación tripartita tradicional del concepto, el juicio y el razonamiento, así como ciertas consideraciones heredadas de la lógica metodológica del s. XIX que procuran ir actualizando. En lógica fundamental o general, aseguran, «la dirección más firme parece la que define la línea Bolzano-Husserl-Pfänder, cuya reconocida autoridad se refuerza cada día; a ella se adhiere este manual» (Advertencia, 12ª edic. 1950, p. 11) ¹¹; en la lógica metodológica o de las ciencias quieren salvar las limitaciones y sesgos del legado decimonónico (Stuart Mill, Sigwart, Wundt incluso) mediante la incorporación de la teoría del conocimiento de Hartmann.

Por último, la acepción [3], pese al aire de modernidad neo-positivista que pudiera darle la referencia a la *ciencia* –término que esta edición del DRAE (2001²²) también recoge en un sentido “positivo”–, parece más bien remitirse a dos fuentes decimonónicas mencionadas por A. Gómez Izquierdo en su ensayo: *Nuevas direcciones de la lógica* (Madrid, Victoriano Suárez, 1907), a saber: (1) el positivismo inglés de Stuart Mill, difundido inicialmente en nuestra cultura a través de su divulgador Alexander Bain ¹²; (2) la lógica y metodología científicas provenientes de Sigwart y,

¹¹ En la edición citada, se lee: «la magistral *Lógica* de Pfänder, inexcusable libro de consulta» (p. 28); y en el Apéndice F, “Cronología [bibliográfica] de la lógica moderna”, se dice de ella que es «la más segura visión lógica de los últimos años» (p. 260). La *Lógica* de Pfänder fue el tratado más conocido en medios hispanos durante los años 30-40 y todavía merecería recordarse en las bibliografías de introducciones y manuales de los años 50-60 (y entre autores tan dispares como L. Salcedo, A. Millán Puelles, J. Ferrater Mora, F. Larroyo, J.R. Núñez Tenorio, L.E. Palacios).

¹² La traducción del *A System of Logic* de Stuart Mill (1843) se hizo esperar: *Sistema de Lógica inductiva y deductiva*. Trad. de E. Ovejero y Mauri. Madrid, Daniel Jorro, 1917. De hecho, Gómez Izquierdo se atiene en su exposición de la concepción de Mill a una versión francesa de 1866. Cf. también el *Resumen*

sobre todo, de Wundt ¹³. Esta dirección “científica” es asumida por ejemplo por E. Luis André, *Lógica*, Madrid, Imp. Sáez Hermanos, 1925, 1932 2ª edic., en la estela de Wundt –con quien había estudiado en Leipzig, en 1909, becado por la Junta de Ampliación de Estudios–. En su opinión, la lógica es una ciencia tanto explicativa, constituida de forma científica y fundamento no solo de sí misma sino de las demás ciencias, como normativa o reguladora de la actividad intelectual (*Lógica*, 1932², Introd. §1, pp. 1-3, 5; §2, p. 16), extremo este que le permite justificar la adopción del legado tradicional lógico y metodológico dentro de lo que llama “morfología mental”.

Si saltamos de estos antiguos tiempos a los actuales, cuando está finalizando la primera década del s. XXI, nos encontramos con una incipiente bifurcación del estudio de, y del interés por, la disciplina de la lógica. En términos muy simples y a veces discutidos cabría designarla como la disyunción -no siempre excluyente- de lógica formal y lógica informal. Pero los cambios introducidos por los nuevos planes de estudios y las nuevas titulaciones, *grado* y *master*, en filosofía, son más amplios y profundos que los que cabría esperar de una encrucijada de caminos que se bifurcan. En los planes y títulos universitarios de “adaptación al espacio europeo”, en las facultades de Filosofía, se aprecian unos aspectos de una nueva situación y compleja como los siguientes:

- Repliegue de la lógica formal (teoría de la prueba, teoría de modelos, lógica superior, lógica matemática y teoría de conjuntos).
- Mantenimiento de la lógica estándar de primer orden, de algunas lógicas complementarias -como la lógica modal- y de algunas cuestiones de filosofía de la lógica.

Por otro lado, en el Bachillerato, han desaparecido incluso los rudimentos de lógica formal estándar que se habían introducido en las últimas décadas del s. XX. En cambio, van apareciendo vagas y bienintencionadas referencias al ámbito de una lógica

sintético del sistema de Lógica de John Stuart Mill, de Ezequiel A. Chávez (México, Librería Franco Americana, 1923) que no deja de contribuir a la fortuna del positivismo en México. Por lo que se refiere a A. Bain, vid. la traducción de la 1ª Parte de su *Lógica aplicada*, sobre Filosofía de las matemáticas, a cargo de Alfonso Ordax (Madrid, Diego Pacheco, 1883), edición también dedicada a los profesores de enseñanza media.

¹³ Puede ser sintomático de la irregular aculturación filosófica de nuestros profesores de lógica que Gómez Izquierdo no tenga -o, al menos, no dé- noticia de la discusión que había dado lugar a las posiciones de Wundt, Sigwart o Lipps, entre otros, y que había animado la filosofía de la lógica alemana durante buena parte de la segunda mitad del s. XIX, la “logische Frage”, o cuestión acerca de la índole y la fundamentación de la lógica misma, planteada por Trendelenburg en 1842.

informal: a la argumentación y el debate racional, al pensamiento crítico, a las falacias.

Y, en fin, también en los planes de estudios universitarios empieza a abrirse camino la teoría de la argumentación.

Todos estos signos de una reorientación del papel de la lógica en los estudios de Filosofía invitan a aventurar alguna sugerencia sobre su sentido y significación en este marco. A este respecto, terminaré esta introducción a estas notas sobre la historia de la lógica moderna en España proponiendo una especie de nuevo *trivium* para el currículo de Filosofía: un *trivium* compuesto por la lógica, la teoría de la argumentación y la retórica, en el que los estudios de argumentación desempeñaran un papel especial como marco de los análisis lógicos y retóricos, y fuente principal de la identificación, reconstrucción, análisis y evaluación de los argumentos filosóficos. Por lo demás, también podría rendir otros servicios más temáticos que analíticos, en orden a la provisión de conceptos, cuestiones y resultados de interés para la filosofía en general y para la filosofía de la lógica en particular.

No estarán de más algunas observaciones en orden a justificar y a precisar el alcance de esta propuesta. Para empezar, creo que la argumentación constituye **recurso necesario** del discurso filosófico en la medida en que la filosofía se suponga o pretenda ser una empresa intelectual específica: (i) susceptible de evaluación y de aprendizaje; (ii) cultivada a través de determinadas tradiciones de pensamiento; (iii) mantenida con el propósito de contribuir a la lucidez en asuntos públicos o al desarrollo del conocimiento público. Se trata, en suma, de una suerte de imperativo hipotético: si Ud. pretende hacer filosofía como actividad académica, crítica y cognoscitiva, específica, Ud. deberá estar dispuesto o dispuesta a dar razón de sus tesis o asunciones filosóficas.

Bien, ¿por qué? Como ya he sostenido en otras ocasiones ¹⁴, hay dos razones:

[a] La índole de las aserciones filosóficas.

* Una aserción filosófica, aislada de todo contexto argumentativo, resulta radicalmente ambigua.

Es decir: en el caso de las proposiciones filosóficas típicas, no solo su aceptabilidad o inaceptabilidad sino, más radicalmente, su significación y su sentido dependen de la argumentación al respecto. En filosofía, el porqué se dice algo o el

¹⁴ En una ponencia presentada al VIII Coloquio Internacional Bariloche de Filosofía, en 2006, y en mi contribución al homenaje a Eduardo Rabossi (*in memoriam*): “Variaciones sobre la argumentación en filosofía”, en *Cuestiones filosóficas* (Diana I. Pérez y Luis Fdez. Moreno, comps.), Buenos Aires: Catálogos, 2008, pp. 511-531.

porque podría o no podría -o debería o no debería- decirse, en suma, la batería de razones y objeciones a lo dicho, es una parte sustancial del significado de lo que se dice. Dicho en términos próximos al inferencialismo de R. Brandom: las pruebas de acreditación o habilitación para la aserción en cuestión, así como la asunción de los compromisos con ella contraídos no solo forman parte del *ethos* profesional del filósofo que sostiene una tesis, sino que también forman parte del significado de esta tesis.

En el caso de los fragmentos y aforismos, las interpretaciones. y razones pro / contra habrán de correr a cargo del lector-intérprete (e.g. en el caso de los presocráticos, en el caso mismo del *Tractatus*). De donde se desprende que las labores de interpretación y argumentación, lejos de contraponerse, se complementan a la hora de leer, entender y discutir los textos filosóficos. Tampoco estará de más prestar atención al juego retórico del aforismo, a la suma de la vaguedad significativa con la resistencia y tersura expresiva, que a veces propicia más impresión de profundidad que la merecida.

Según esto, me atreveré a decir en general:

a1. El significado de una proposición filosófica determinada no estará definido sin la correspondiente argumentación, prueba o contraprueba. Así pues,

a2. No podremos saber si una proposición (una asunción, una aserción) es filosóficamente significativa antes o al margen de la argumentación pertinente o de las debidas pruebas.

a3. Y, en suma, no podremos conocer el rendimiento o el interés filosófico de una idea o de una propuesta sin su contextualización y su desarrollo discursivos, esto es: sin su discusión y su justificación argumentativas.

Reflexividad: en consecuencia, estas tesis **a1-a3** no son proposiciones filosóficamente interesantes ni precisas, a menos que sean argumentadas.

[b] La estrecha relación entre la argumentación y la filosofía.

Entendamos la argumentación como la forma de dar cuenta y razón de algo a alguien o ante alguien. Dar cuenta y razón es una actividad normada dentro de la institución conversacional de dar y pedir razones, sea en orden a la coordinación entre proposiciones o sea en orden a la coordinación entre proposiciones y acciones. En el primer caso prima la dimensión justificativa de la argumentación como acción ilocutiva compleja de mostrar que una proposición determinada es aceptable o correcta; en el segundo caso cobra especial relieve la dimensión suasoria de la argumentación como acción perlocutiva de inducir una actitud, una disposición o una actuación en el

destinatario o los destinatarios del discurso. Lo cierto es que las dos contribuyen a los propósitos genéricos de la buena argumentación, aunque del cumplimiento de la primera - i.e. de una justificación cumplida- no se sigue necesariamente el éxito en la segunda - una persuasión efectiva-. Pues bien, cabe suponer que ambas vertientes se corresponden a otras paralelas, “teórica” y “práctica”, que constituyen así mismo dos dimensiones básicas de la filosofía como empresa intelectual más o menos específica, a saber: como empresa cognitiva, de racionalización interna de ideas y creencias, y como empresa directiva o ética, de racionalización de la conducta. A ellas se refieren las dos grandes cuestiones o núcleos de cuestiones: qué hay o qué pensar acerca de lo que hay, qué hacer o cómo responder a las demandas de la situación, planteadas como cuestiones abiertas y expuestas a propuestas controvertibles, incluso en el sentido radical de no tener asegurado el reconocimiento de una solución sin que por ello dejen de tener aspiraciones de carácter general - como la de implicar o convencer a todo el mundo-. En todo caso media, a mi juicio, no solo un paralelismo sino una complicidad estrecha entre esas dos dimensiones argumentativas, la justificativa y la suasoria, y estas dos dimensiones filosóficas, de modo que el desarrollo de la filosofía en calidad de empresa cognitiva habrá de envolver ciertas pretensiones - o intentos y criterios- de justificación, así como su desarrollo en calidad de empresa directiva o ética habrá de envolver ciertas pretensiones - o intentos y criterios- de persuasión racional.

En suma, tanto el significado de las proposiciones, en razón de [a] como el sentido de la empresa, en razón de [b], parecen abundar en la necesidad de la (buena) argumentación para hacer (buena) filosofía.

Por lo demás, la importancia de la buena argumentación en filosofía es la que corresponde a los compromisos y responsabilidades de los filósofos como profesionales de la argumentación y de las pruebas discursivas, no solo en la perspectiva específica del discurso filosófico, sino en la perspectiva general del discurso público. Pues de todo lo anterior se desprende como colofón la propuesta de una nueva tarea lógica para filósofos: la invitación al cultivo y desarrollo de una lógica -digamos- *civil*, i.e. una lógica informal, plausible y rebatible (“defeasible”), aplicable a muy diversa suerte de asuntos comunes, teóricos y prácticos, pero en todo caso interesada en mejorar la calidad y la finura del discurso público¹⁵.

¹⁵ Vid. L. Vega Reñón, “De la lógica académica a la lógica civil: una propuesta”, *Isegoría*, 31 (2004): 131-149.

Esta lógica habrá de consistir en una “teoría” de la argumentación capaz de considerar las condiciones críticas del uso de la razón: la transparencia de las estrategias discursivas, simetría o equidad de las interacciones entre los participantes, reconocimiento y respeto de la autonomía de cualquier agente discursivo, dentro del programa de lo que se viene denominando en estas últimas décadas “democracia deliberativa”. Pero, así mismo, otras condiciones de carácter cognitivo y argumentativo, como la actitud de seguir las reglas de juego de dar y pedir razones -incluida la discriminación entre mejores y peores razones, aunque no se requiera el consenso sobre un determinado criterio-, y la disposición a rendirse a la fuerza del mejor argumento.

Esta conformación no está exenta de problemas, e.g. ¿cómo se conjugan las condiciones práctico-democráticas de la deliberación pública con las epistémico-discursivas de su calidad argumentativa? Pero, en todo caso, responde a un propósito bien determinado: mejorar la calidad del discurso público en el sentido de contribuir no tanto a la verdad y el saber sustantivos, cuanto *a la lucidez y al discernimiento* de la gente involucrada en una discusión, deliberación, negociación, etc., con miras a la adopción -o rechazo- de una creencia o a la adopción -o descarte- de una resolución o un curso de acción. Lo que propongo, en suma, no solo para los filósofos en particular, sino para cualquier persona educada en general, es un renovado *trivium* complementario de la formación intelectual y de la ulterior especialización profesional o científica: el *trivium* compuesto por las perspectivas lógica, dialéctica y retórica de los actuales estudios en teoría de la argumentación.